

mejor partido de ellas. Cuando supo en qué consistían nuestras mercancías:

“Esos objetos, nos dijo, no sirven mas que para los árabes del desierto; siento decíroslo; pero os será imposible llegar hasta ellos, y aun cuando pudiérais lograrlo, correríais riesgo de perderlo todo y aun la vida, porque los beduinos son codiciosos y muy osados; querrán apoderarse de vuestras mercancías, y si oponéis la menor resistencia, os asesinarán de cierto. Sois personas de honor y delicadeza, y os será imposible soportar su grosería; os hablo así por puro interés por vosotros, porque yo tambien soy cristiano. Creedme, abrid aquí vuestros fardos, vended cuanto podias y volved en seguida á Alepo, si quereis conservar vida y hacienda.”

Acababa apenas de decirnos esto, cuando los principales vecinos del pueblo, reunidos en su casa para vernos, empezaron a contarnos historias tremendas: uno nos dijo que un buhonero, que venia de Alepo é iba al desierto, fué saqueado por los beduinos y se volvió en cueros: otro supo que un mercader de Damasco habia sido asesinado: todos estaban acordes sobre la imposibilidad de penetrar entre las hordas de los beduinos, y procuraban, por todos los medios posibles, disuadirnos de tan arriesgada empresa. Ya veia yo al señor Lascaris irse turbando; volvióse hácia mí y me dijo en italiano, para que no lo entendieran los otros:

—“*¿Cosa dite di questa novità, che mi ha molto scoragito (1)?*”

—“No creo, le respondí, en todas esas historias, y aun dado que fueran ciertas, todavía deberíamos perseverar en nuestro proyecto. Desde que me habeis anunciado vuestra intencion de ir entre los beduinos, he renunciado á la esperanza de volver á ver mi patria, considerando los treinta dias que me concedisteis en Alepo para divertirme, como mi despedida del mundo. Considero nuestro viage como una verdadera campaña, y el que parte para la guerra, si está bien resuelto, no debe pensar en la vuelta. No nos desalentemos; aunque Hasaf es un jeque (2), tiene esperiencia y entiende bien los intereses del gobierno de su pueblo, no puede tener ninguna idea de la importancia de nuestros asuntos, por lo cual soy de parecer de que no se le vuelva á hablar de nuestro viage al desierto, y de que pongamos nuestra confianza en Dios, que es el gran protector del universo.”

Estas palabras produjeron su efecto en el señor Lascaris, quien me dijo abrazándome tiernamente:

—“Querido hijo, pongo toda mi esperanza en Dios y en tí; veo que eres hombre resuelto; es-

(1) ¿Qué desis de esa novedad, que me ha desanimado mucho?

(2) Anciano.

“ toy contentísimo de tu entereza de carácter, y  
 “ espero conseguir mi objeto con ayuda de tu va-  
 “ lor y de tu constancia.”

En seguida fuimos á acostarnos, igualmente satisfechos uno de otro. Empleamos el dia siguiente en recorrer el pueblo, que contiene sobre doscientas casas y cinco iglesias: los vecinos, cristianos siriacos, fabrican *machlas* y *abas* negros, y se ocupan muy poco en el cultivo de la tierra, para el cual les falta agua; en todo el pueblo no hay mas que una fuentecilla, que apenas basta para regar los jardines, cosa absolutamente necesaria donde la lluvia es tan rara:—hay años en que no llueve ni una sola vez. Las cosechas del territorio bastan apenas para seis meses, y lo restante del año los vecinos tienen que recurrir á Homs. En medio del pueblo se alza una torre antigua de una altura prodigiosa, y que data de la fundacion de una colonia, cuya historia nos contó el jeque: sus fundadores eran oriundos de Trípoli de Siria, donde todavía ecsiste su iglesia. En los tiempos mas florecientes del imperio de Oriente, los griegos, llenos de orgullo y rapacidad, tiranizaban á los pueblos conquistados: el gobernador de Trípoli ejercia contra los habitantes todo linage de insultos y atrocidades; y estos, poco numerosos para resistir, y no pudiendo ya tolerar aquel yugo, se concertaron en número de trescientas familias,

y habiendo reunido en secreto cuantos objetos de valor podian llevarse, partieron con sigilo á media noche, fueron á Homs, y de allí se dirigian hácia el desierto de Bagdad, cuando los alcanzaron las tropas griegas que el gobernador de Trípoli habia enviado en su seguimiento, y contra las cuales sostuvieron un reñido y sangriento combate; pero harto inferiores en número para vencer, y no queriendo á ningun precio sufrir de nuevo la tiranía de los griegos, entraron en negociacion y obtuvieron el permiso de construir una aldea en el sitio mismo del combate, obligándose á ser tributarios del gobernador de Trípoli. Estableciéronse pues en este sitio, que está á la entrada del desierto, y llamaron á su aldea Saddad (obstáculo.)

Esto es cuanto dice la crónica siriaca.

Los habitantes de Saddad son valientes y mansos de condicion. Abrimos nuestros fardos y pasamos algunos dias con ellos para probar que éramos verdaderamente mercaderes:—las mugeres nos compraron mucho lienzo de algodón colorado para hacer camisas; no nos ocupó mucho la venta; pero tuvimos que aguardar la llegada de los beduinos á las cercanías. Un dia, habiendo sabido que ecsistia á cuatro horas del pueblo, una ruina considerable y muy antigua en la que se hallaba un baño de vapor, nuestra curiosidad, y deseoso el señor Lascaris de visitarla, suplicó al jeque que nos diese

una escolta. Despues de cuatro horas de camino hácia el sudeste, llegamos al centro de una gran ruina donde ya no hay mas que una sola estancia habitable: su arquitectura es muy sencilla; pero las piedras son de un tamaño prodigioso. Al entrar en aquella estancia, vimos una abertura de dos pies cuadrados de donde salia un denso vapor; tiramos por ella un pañuelo, y en un minuto y medio, con el relox en la mano, volvió á salir y cayó á nuestros pies. Hicimos el mismo experimento con una camisa, y al cabo de diez minutos, volvió á subir como el pañuelo; nuestros guias nos aseguraron que un *machlas*, que pesa diez libras, saldria del mismo modo.

Nos desnudamos, nos pusimos al redeedor del boquete, y á pocos instantes ya estábamos cubiertos de un abundante sudor que nos corria por el cuerpo; pero el olor de aquel vapor era tan insoportable, que no pudimos aguantarle por mucho tiempo: al cabo de media hora nos volvimos á vestir, experimentando un indecible bienestar. Dijéronnos que aquel vapor era efectivamente muy saludable y curaba un gran número de enfermedades:—de vuelta en el pueblo, cenamos con gran apetito y no me acuerdo de haber disfrutado nunca un sueño mas delicioso.

Como nada nos quedaba por ver en Sadding ni en las cercanías, resolvimos ponernos en camino

para la aldea de Corietain, y cuando hablamos de esto á Naufral, nos aconsejó que mudásemos de nombres, pues los nuestros podrian hacernos sospechosos á los beduinos y á los turcos: desde entónces el señor Lascaris tomó el nombre de jeque Ibrahim el Cabressi (el Chipriota) y me dió el de Abdalla el Knatib, que significa el escritor.

Diónos el jeque Hasaf una carta de recomendación para un cura siriaeo, llamado Mousi, nos despedimos de él y de nuestros amigos de Sadding, y nos pusimos en camino muy de madrugada. Al cabo de haber andado cuatro horas, llegamos entre las dos aldeas Mahin y Haurin, situadas á diez minutos una de otra; no tienen cada cual mas que unas veinte casas, la mayor parte arruinadas por los beduinos, que vienen de cuando en cuando á talarlas. En el centro de estas aldeas se halla una alta torre de construccion antigua: los vecinos todos musulmanes, hablan el lenguaje de los beduinos y se visten como ellos. Despues de haber almorzado y llenado nuestras odres, continuamos nuestra marcha por espacio de seis horas, y hácia el anohecer llegamos á Corietain, á casa del cura Mousi, que nos ofreció la hospitalidad:—al dia siguiente nos llevó á casa del jeque Selim-el-Dahasse, sugeto muy apreciable, que nos recibió perfectamente, y que cuando supo el motivo de nuestro viaje, nos hizo las mismas observaciones que el jeque de Sadding. Respondimosle que conociendo

toda la dificultad de nuestra empresa, habiamos renunciado á avanzar hasta el desierto, contestándonos con ir hasta Palmira á vender nuestras mercancías.

“Eso es todavía mas difícil, repuso, por que los “beduinos pueden encontrarnos y saquearnos,” y entónces empezó á contarnos mil cosas tremebundas de los beduinos; y como el cura confirmaba lo que nos decia el jeque, estábamos á punto de desanimarnos, cuando sirvieron el almuerzo, con lo que se mudó la conservacion y tuvimos tiempo para reponernos de nuestra pavora.

El jeque Selim es uno de los que están obligados á proveer á las necesidades de la caravana de la Meca, juntamente con el jeque de Palmira; su contingente consiste en doscientos camellos y en provisiones de boca. De vuelta en nuestra casa, jeque Ibrahim me dijo:

“Y qué piensas, hijo mio, de todo lo que acaba de decirnos jeque Selim?”

“No hay que hacer mucho caso, le respondí, de lo que cuentan los vecinos de estos pueblos, siempre en guerra con los beduinos, pues no deben ser muy amigos. Nuestra posicion es muy distinta; nosotros somos comerciantes, vamos á vender nuestras mercancías á los beduinos y no hacerles la guerra; portándonos bien con ellos, no veo el menor riesgo para nosotros.” Estas palabras le tranquilizaron un poco.

Pocos dias despues de nuestra llegada, para sostener nuestro papel de mercaderes, abrimos nuestros fardos en la plaza, en medio del pueblo, delante de la puerta del jeque, y vendí algunos objetos á las mugeres, que me pagaron en dinero. Los ociosos se reunian al rededor de nosotros para hablar; uno de ellos, muy jóven, llamado Hesaisoun-el-Kratib, me ayudaba á recibir el dinero y á ajustar las cuentas con las mugeres y los muchachos, mostrando el mayor celo por mis interesés. Un dia, hallándome solo, me preguntó si era capaz de guardar un secreto.

“Mirad á lo que os obligais, me dijo; se trata “de un secreto que no hay que confiar á nadie, “ni aun a vuestro compañero.” Díle mi palabra de guardarle, y me dijo que a una hora del pueblo, habia una gruta en la que se hallaba una tinaja llena de zequies, y me dió uno de ellos asegurándome que no podia servirse de aquella moneda que no corria en Palmira.—“Pero vosotros, continuó, “que vais de pueblo en pueblo, podreis cambiarla fácilmente; vosotros teneis mil medios, que á mí me faltan, de aprovecharos de ese tesoro; sin embargo, no quiero daros el total, aunque dejo “el repartimiento a vuestra generosidad. Vendreis conmigo a reconocer los sitios, trasportarémos ese oro poco a poco en secreto, y me daréis mi parte en moneda corriente.”

En vista del zequí dí crédito a lo que me decia, y le cité fuera del pueblo para la mañana siguiente muy temprano.

Levántome ántes de rayar al alba y salgo como para pasearme. A pocos pasos del pueblo hallo á Hesaieoun que me estaba aguardando, armado con una escopeta, un sable y dos pistolas.

Yo no llevaba por única arma mas que mi largá pipa; anduvimos cosa de una hora; ¡con qué impaciencia buscaba yo con los ojos la gruta! Al fin la veo, y pronto entramos en ella; miro por todos lados buscando la tinaja, y como no la veo, me vuelvo á Hesaieoun:

—“¿Donde está la tinaja?” le dije.

Púsose muy pálido y me respondió:

—“Sábeto que ya ha llegado tu última hora: ya hubieras muerto si no hubiera temido manchar con sangre tus vestidos. Antes de matarte quiero despojarte; con que así desnúdate y dame tu saco de dinero, pues sé que le traes contigo, debe contener mas de mil doscientas piastras que yo mismo he contado, que es el precio de las mercancías que has vendido. De aquí no saldrás vivo.

—“Perdóname la vida, le dije con ademan suplicante, y te daré una suma mayor que la que contiene mi saco, y te juro que a nadie hablaré de lo que aquí ha pasado.

—“No puede ser, me respondió; esta gruta ha de servirte de sepultura; no puedo dejarte la vida sin esponer la mia.”

Juréle mil veces que callaria, le propuse firmar un pagaré de la suma que él mismo fijase; pero nada pudo disuadirle de su horrible intento. En fin, cansado de mi resistencia, deja sus armas junto á la pared y se arroja sobre mí como un leon para robarme ántes de matarme. De nuevo le suplico diciendo:

—“¿Qué daño te he hecho? ¿qué enemistad existe entre nosotros? ¿No sabes que está cerca no el día del juicio? ¿que Dios pedirá cuenta de la sangre inocente?”

Pero su empedernido corazon nada escucha. . . . Pienso entónces en mi hermano, en mis parientes, en mis amigos; creo ver presentes a todos los objetos de mi amor, y, desesperado, no pido protección mas que a mi Criador. ¡Oh Dios mio! ¡protector de los inocentes! ¡Dadme fuerzas para resistir! . . . . .

Mi asesino, impaciente, me arranca mis vestidos. . . . . Aunque era mucho mas alto que yo, Dios me dió fuerzas paea luchar contra él durante cerca de media hora; la sangre corria por mi rostro; mis vestidos estaban hechos pedazos. El infame, viéndome en aquel estado, toma el partido de ahogarme, y levanta el brazo para asirme el cue-

llo; aprovecho el momento de libertad que me deja aquel movimiento para darle, con los dos puños un golpe en el estómago, tiro boca arriba, y cogiendo sus armas, salgo de la gruta corriendo a todo correr; apenas creía en la dicha de verme salvo pocos momentos despues oí correr detras de mí;— era mi asesino, que me llamaba rogándome que le aguardase con tono muy pacífico. Como yo llevaba todas las armas, no temí pararme un momento y volviéndome hácia él:

—“Malvado, le dije, ¿qué me quieres? Has intentado asesinarme en secreto, y tú eres el que vas á ser ahorcado públicamente.”

Respondiome, asegurándolo con juramento, que todo aquello no habia sido mas que una broma, que habia querido probar mi valor y ver como me defenderia.

—“Pero, añadió, veo que eres un niño, pues tanto te formalizas.”

Respondí, apuntándole con la escopeta, que si daba un paso mas le disparó un tiro: viéndome resuelto à hacerlo, huyó con direccion al desierto, donde el jeque Ibrahim, el cura y Naufal empezaban à estar cuidadosos por mi ausencia: el primero, sobre todo, sabiendo que yo no solia alejarme sin avisarle, fué, despues de haberme esperado dos horas, á casa del jeque, quien, participando de su inquietud, puso á todo el pueblo en mi busca. En fin, Naufal, viéndome esclama:

—Aquí está!

Selim cree que se engaña, y aun cuando me acerqué á ellos, apenas me conocian. El señor Lascaris vuela hácia mí y me abraza llorando; casi no puedo hablar; me llevan a casa del cura, me lavan las heridas y me meten en la cama; al cabo cobré aliento para contar mi aventura. Selim envió unos cuantos ginetes en persecucion del asesino, dando a su negro el cordon con que debia ahorcarle; pero volvieron sin haber podido alcanzarle, y pronto supimos que habia entrado al servicio del bajá de Damasco. Desde entonces no volvió á parecer por Corietain.

Al cabo de pocos dias mis heridas empezaban à cerrarse, y pronto recobré las fuerzas. Jeque Selim, que me habia cobrado mucho cariño, me trajo un catalejo descompuesto, diciéndome que seria hombre muy hábil si lograba componérsele. Como todo lo que habia que hacer para ello era poner un vidrio, le compuse sin dificultad, y tan contento quedó de mi maña que me dió el dictado del industrioso.

Poco tiempo despues, supimos que los beduinos se acercaban á Palmira y ya se veian algunos hasta por las cercanías de Corietain. Un dia llegó uno llamado Selame Hasan: en casa de Selim estábamos cuando entró; trajeron el café y mientras

le tomábamos, varios vecinos vinieron á ver al jeque y le dijeron:

—“Hace ocho años, en tal sitio, Hasan mató á un pariente nuestro; venimos á pedir justicia contra el matador.”

Hasan negaba el hecho y preguntaba si habia testigos.

—“No los hay, respondieron; pero se te ha visto pasar solo por tal camino y poco despues llamamos muerto en él á nuestro pariente; sabemos que mediaban entre vosotros motivos de rencor, luego es seguro que tú eres su asesino.”

Hasan seguía negando, y el jeque, que temia mucho á los beduinos, y que ademas no tenia pruebas positivas contra él, cojió un pedazo de palo y dijo:

—“Por el que creó esta vara, jura que no has muerto á su pariente.”

Cogió Hasan el palo, le estuvo mirando algunos instantes y bajó los ojos; luego levantando la cabeza hacia los acusadores:

—“No quiero, dijo, tener dos crímenes sobre el corazon, uno el de ser matador de este hombre, y otro el de jurar en falso delante de Dios. Yo he sido el homicida de vuestro pariente: ¿qué quereis por precio de su sangre? (1)” El jeque

(1) Segun las leyes árabes, el homicidio se redime con dinero, fijándose la suma con arreglo á las circunstancias.

El jeque, por consideracion á los beduinos, no quiso proceder con todo el rigor de las leyes, é interesándose en la negociacion de los presentes, decidióse que Hasan pagaria trescientas piastras á los deudos del muerto. Cuando se le pidió esta suma respondió que no la llevaba consigo; pero que la traeria á los pocos dias, y como no querian dejarle salir sin fianza:

—“No tengo fianza que dar, añadió; pero aquel cuyo nombre no he querido profanar con un juramento en falso, responderá por mí.”

Partió y á los cuatro dias volvió trayendo quince carneros que valian mas de veinte piastras cada uno. Este rasgo de buena fé y de generosidad nos encantó y nos sorprendió al mismo tiempo. Deseamos trabar conocimiento con Hasan; jeque Ibrahim le convidó á ir á su casa, le hizo algunos regalos y por este medio nos hicimos amigos íntimos. Dijonos que era de la tribu El-Amur, cuyo caudillo se llama sultan el Brrak: esta tribu, compuesta de quinientas tiendas, se considera como parte de la poblacion del pais, porque no deja las orillas del Eufrates cuando emigran las otras tribus. Vende carneros, camellos y manteca en Damasco, Homs, Hama, &c. Los vecinos de estos diferentes pueblos suelen tener un interés en sus rebaños.

Un dia dijimos á Hasan que queriamos ir á Palmira á vender los géneros que nos quedaban,

pero que nos habian atemorizado con los peligros del camino, y habiéndose él ofrecido à conducirnos, estendió delante del jeque un billete por el cual salia responsable de cualquier accidente que pudiera ocurrirnos. Persuadidos de que Hasan era hombre de honor, aceptamos su proposicion.

Ya habia llegado la primavera; el desierto, poco antes tan árido, se habia cubierto repentinamente de una alfombra de verdura y flores. Este espectáculo encantador nos movió à acelerar nuestra partida: la víspera depositamos en casa del cura Mousi una parte de nuestras mercancías, para no escitar la atencion ni la codicia. Naufal deseaba volverse à Homs, por lo que el señor Lascaris le despidió dándole una buena recompensa, y al dia siguiente, despues de haber ajustado à algunos camelleros con sus camellos, nos despedimos de los vecinos de Corietain, y habiéndonos provisto de agua y víveres para dos dias, salimos muy de mañana, llevando una carta de recomendacion del jeque Selim para el jeque de Palmira, llamado Ragial el Oruk.

Al cabo de diez horas de camino, en la direccion del Levante, nos paramos junto à una torre cuadrada, muy alta y de construccion muy maciza, llamada Caser el Surdan, en el territorio de Dawh. Esta torre, construida en tiempo del imperio griego, servia de puesto avanzado contra los persas

que venian à llevarse cautivos à los habitantes de este pais: este antemural del desierto ha conservado su nombre hasta nuestros dias. Despues de haber admirado su arquitectura, que es de una buena época, nos volvimos à pasar la noche en nuestro pequeño Khan, donde pasamos mucho frio. Por la mañana, cuando nos disponiamos à partir, el señor Lascaris, poco acostumbrado todavia à los movimientos de los camellos, monta sin cautela en el suyo, que levantándose de improviso, le tira al suelo.

Acudimos à él y nos pareció que se habia dislocado un pié; pero como no queria detenerse, despues de habérsele vendado lo mejor que pudimos, volvimos à ponerle en su cabalgadura y proseguimos nuestro camino. Dos horas hacia caminábamos, cuando vimos alzarse à lo léjos una polvareda que venia hácia nosotros, y pronto pudimos distinguir seis ginetes armados. Apenas los divisó Hasan, se quita la pelliza, coje su lanza y echa à correr hácia ellos, gritándonos que nos estemos quedos: cuando los alcanzó, les dijo que éramos unos mercaderes que íbamos à Palmira, y que se habia comprometido delante del jeque de Selim y de todo el pueblo, à llevarnos hasta ese punto con seguridad; pero aquellos beduinos, de la tribu El Hasné, sin querer escuchar nada, se precipitan sobre nosotros; Hasan parte à escape para cortarles el camino;

ellos quieren rechazarle y se traba la pelea. Nuestro defensor era conocido por su denuedo; pero sus adversarios eran igualmente animosos. Por espacio de media hora sostuvo su choque; pero al cabo, herido de una lanzada que le atraviesa el muslo, se retira hácia nosotros, y pronto cae de su caballo. Los beduinos quieren despojarnos; entónces Hasan, tendido en el suelo, chorreándole la sangre de su herida, los apostrofa en estos términos:

—“¿Qué haceis, oh amigos míos? osais violar los derechos de los árabes, los usos de los beduinos? Esos hombres á quienes despojais son mis hermanos, les he empeñado mi palabra, he respondido de cuanto pudiera sucederles, y los robais! Es eso obrar con honor?”

—“¿Por qué te has comprometido á llevar á unos cristianos á Palmira? le respondieron: ¿no sabes que Mehanna el Fadel (el jeque de su tribu) es el gefe del pais? ¿Cómo no le has pedido permiso?”

—“Ya lo sé, repuso Hasan, pero estos mercaderes tenían prisa, y Mehanna está lejos de aquí. Les he empeñado mi palabra; conocen nuestras leyes y nuestras usanzas, que nunca cambian. ¿Es digno de vosotros violarlas, despojando á esos estrangeros, y dejándome herido de este modo?”— Al oír esto, cesaron los beduinos en sus violencias y respondieron:

—“Todo lo que dices es cierto y muy justo, y pues es así, no tomaremos á tus protegidos mas que lo que quieran darnos.”

Apresurámonos á ofrecerles dos machlas, una pelliza y cien piastras, con lo que se contentaron y nos dejaron proseguir nuestro camino. Hasan sufría mucho de su herida, y como no podía volver á montar á caballo, le dí mi camello y tomé su yegua. Todavía caminamos cuatro horas; pero cuando se puso el sol, tuvimos que hacer alto en un sitio llamado Waádi el Nahr (valle del rio), pero en el que sin embargo no se hallaba ni una gota de agua, y nuestras odres estaban vacías; el ataque de por la mañana nos habia retrasado tres horas, y era imposible ir mas léjos aquel dia. A pesar de lo mucho que teníamos que sufrir, todavia nos consideráramos muy dichosos de haber escapado de manos de los beduinos y haber conservado nuestros vestidos, que nos guarecian un poco de un viento frio que se hacia sentir de un modo harto desagradable: en fin, divididos entre la alegría y el dolor, aguardamos con impaciencia las primeras horas del dia. Jeque Ibrahim sufría de su pié, y Hasan de su herida; por la mañana, despues de haber acomodado á nuestros enfermos lo mejor que pudimos, proseguimos nuestro camino, siempre hácia el Levante. A cinco cuartos de hora de Palmira, hallamos un arroyo subterráneo, cuyo manan-

tial es enteramente desconocido, igualmente que el sitio donde se pierde: se ve correr el agua por unos boquetes de sobre cinco piés, que forman unas especies de estanques. Escusado es decir el placer con que bebimos: el agua nos pareció escelente.

A la entrada de un desfiladero formado por la conjuncion de dos montañas, vimos en fin la célebre Palmira. Este desfiladero forma por espacio de un cuarto de hora un ingreso á la ciudad; á lo largo de la montaña, por el lado de medio día, se estiende, cosa de tres horas, una muralla antiquísima. En frente, á la izquierda, se ve un antiguo castillo llamado *Co Lat Ebn Maaen*, construido por los turcos antes de la invencion de la pólvora. Este *Ebn Maaen*, gobernador de Damasco, en tiempo de los califas, construyó este castillo para cerrar á los persas la entrada en Siria. Luego llegamos á una espaciosa plaza llamada Waddi el Cabuur (valle de las sepulturas): los sepulcros que le cubren aparecen de léjos como torres: cuando nos acercamos, vimos que en él habian dispuesto nichos para recibir á los muertos: cada nicho está cerrado por una losa, en el que está grabado el retrato del que le ocupa. Las torres tienen tres y cuatro pisos, que comunican entre sí por una escalera de piedra, generalmente muy bien conservada. Desde allí entramos en un espacioso recinto habitado por los árabes, que le llaman el castillo, y que

encierra las ruinas del templo del sol. Doscientas familias habitan en estas ruinas.

Inmediatamente fuimos á ver al jeque Ragial el Oruk, anciano venerable que nos recibió muy bien y nos hizo cenar y dormir en su casa. Este jeque, como el de Corietain, suministra doscientos caballos a la gran caravana de la Meca.

Al día siguiente, habiendo alquilado una casa, desempaquetamos nuestras mercancias. Vendé el pié de Jeque Ibrahim, que en efecto estaba dislocado, y le dió que sufrir por mucho tiempo. Hasan halló en Palmira amigos que le asistieron, y habiéndose restablecido en breve, vino a despedirse de nosotros y se fué contentísimo del modo como le recompensamos.

Precisados á no salir de casa durante algunos días, á causa del pié de jeque Ibrahim, empezamos á vender algunos objetos para confirmar nuestra calidad de mercaderes; pero apenas el señor Lascaris se halló en estado de andar, fuimos á visitar el templo muy detenidamente. Otros viajeros han descrito sus ruinas, y así no hablaremos mas que de lo que se ha escapado á sus observaciones sobre el país.

Un día vimos en una plaza mucha gente ocupada en rodear de madera una hermosísima columna de granito, y nos dijeron que lo hacian para quemarla, ó mas bien para derribarla á fin de extraer

el plomo que se hallaba en las junturas. Jeque Ibrahim, lleno de indignacion, exclamó dirigiéndome la palabra:

—“¿Qué dirian los fundadores de Palmira si viesen á estos bárbaros, destruir de ese modo su obra? Pues que la casualidad me ha traído aquí, quiero oponerme á ese acto de vandalismo.”

Y habiéndose informado de lo que podia valer el plomo, dió las cincuenta piastras que e pedian, y la columna quedó por nuestra:—es del mas hermoso granito rojo, jaspeado de azul y blanco; tiene sesenta y dos piés de altura sobre diez de circunferencia. Los palmiranos, viendo nuestra afición á los monumentos, nos indicaron un sitio curioso, y á hora y media de camino, donde antiguamente se labraban las columnas, y donde todavia se hallan bellísimos fragmentos, tres árabes se ofrecieron á llevarnos á él por tres piastras. El camino está salpicado de hermosas ruinas, descritas, segun creo, por otros viajeros. Por nuestra parte, observamos una gruta en la que habia una magnífica columna de mármol blanco, labrada y cincelada, y otra solamente empezada a labrar, como si el tiempo, que ha destruido tan grandes magnificencias, hubiese faltado para colocar la primera y acabar la segunda.

Despues de haber recorrido varias grutas y visitado las cercanías, volvimos por otro camino. Nues-

tros guias nos enseñaron una hermosa fuente atestada de grandes piedras, llamado *Ain Ournus*, nombre que llamó mucho la atencion de Jeque Ibrahim, quien fué pensando en él todo el camino; al fin me llamó y me dijo:

—“Ya he descubierto lo que quiere decir el nombre de *Ournus*. Aureliano, emperador romano, vino a sitiar a Palmira y a apoderarse de sus riquezas; probablemente él haria labrar esta fuente para las necesidades del ejército durante el sitio, y la fuente tomaria su nombre que por corrupcion se habrá convertido en *Ournus*.”

En mi humilde opinion, no es infundada la conjetura de Jeque Ibrahim.

Los habitantes de Palmira no se ocupan de cultivar la tierra; su principal trabajo es beneficiar una salina, cuyos productos envian a Damasco y a Homs. Tambien hacen mucha sosa; la planta que la suministra es muy abundante; la quemán y envian igualmente las cenizas a dichas dos ciudades para hacer jabon: a veces las mandan hasta Trípoli de Siria, que tiene numerosas fábricas de jabon y despachá para el Archipiélago!

Un dia nos hablaron de una gruta curiosísima, pero cuya angosta y oscura entrada estaba casi cerrada, a tres horas de Palmira; deseamos visitarla, pero mi aventura con Hessaisoun estaba demasiado recientes para que nos arriesgásemos a

a ella sin buena escolta; por lo que rogamos a Jeque Rugial que nos hiciese acompañar por personas seguras. Admirado de nuestro proyecto:

—“Muy curiosos sois, nos dijo: ¿qué os importa esa gruta? En vez de ocuparos en vuestro comercio, empleais el tiempo en esas fruslerías! Nunca he visto comerciantes como vosotros.”

“El hombre gana siempre en ver las bellezas; de la naturaleza,” le respondí. Diónos el jeque seis hombres armados, me proveí de un manojo de bramante, de un gran clavo y de hachas, y salimos muy de mañana; al cabo de dos horas de camino, llegamos al pié de una montaña; un gran boquete que nos enseñaron formaba la entrada de la gruta, hiqué mi clavo en un sitio escondido, até á él la cuerda por una punta, y llevando en la mano el lio, seguí á Jeque Ibrahim y á los guias que llevaban las hachas. Ya andábamos hácia la derecha, ya hácia la izquierda, ora subíamos, ora bajábamos; la gruta es tan grande que podría servir de cuartel á un ejército entero. Hallamos en ella gran cantidad de alumbre; la bóveda y las paredes estaban llenas de azufre, y el suelo cubierto de nitro. Observamos una especie de tierra rojiza, muy menuda que tiene un gusto ácido: Jeque Ibrahim se guardó un puñado de ella en el pañuelo. Esta gruta está salpicada de cavidades labradas á cincel, de donde se sacaron antiguamente metales. Nuestros guias

nos contaron que varias personas se habian extraviado y habian muerto en aquella gruta: un hombre anduvo por ella dos dias buscando en vano la salida, cuando vió un lobo, y ahuyentándole á pedradas, le siguió, y de esta suerte llegó al boquete. Cuando se me acabó la cuerda nos volvimos atras: sin duda el atractivo de la curiosidad nos habia allanado el camino, pues nos costó sumo trabajo llegar á la entrada: apenas salimos, almorzamos á la ligera y nos volvimos á Palmira. El jeque, que nos aguardaba, nos preguntó qué habíamos ganado en nuestra escursion: “Hemos reconocido, le dije, que los antiguos eran mucho mas hábiles que nosotros, pues por sus trabajos se ve que entraban y salian con facilidad y nosotros lo hemos conseguido á duras penas.”

Echóse á reir y le dejamos para ir á descansar. Por la noche Jeque Ibrahim se halló el pañuelo donde habia guardado la tierra roja todo agujereado y como podrido; la tierra se le habia derramado en el bolsillo; metióla en una botella, (1) y me dijo, que probablemente los antiguos habian sacado oro de aquella gruta; los experimentos químicos prueban que donde se halla azufre suele haber oro, y además los grandes trabajos que habíamos observado no podian haberse hecho únicamente para extraer azufre y alumbre, sino para sacar algo mas

(1) En Egipto perdió esta botella con todo lo demas.